

La presentación fue el viernes por la noche y a ella acudieron —copio de la reseña de un periódico madrileño— «personalidades ilustres de las más diversas actividades públicas. El mundo de la política, de las letras, de las finanzas, de la aristocracia, de las ciencias, de las artes se dio cita allí». Yo preferí ir el sábado por la tarde, es decir, un día cualquiera, para tener ocasión de ver al verdadero público de Raphael, más interesante, para mi propósito, que todos esos «mundos» de que hablaba el periódico. No me atrevería a formular una conclusión demasiado rotunda, pero sí creo poder afirmar que hay signos de que los «fans» de Raphael están en crisis. Según parece, los recitales de Barcelona que han precedido a los de Madrid no han sido el éxito que se suponía, y en la capital, los organizadores han pedido, según se dice, a los medios informativos una «ayuda de emergencia» para asegurar la afluencia de público. El sábado por la tarde había en el Palacio de la Música bastantes butacas vacías, más butacas vacías que las que podían esperarse en un recital de este «ídolo de multitudes». Lo que habría sido un éxito para otro cantante pudo ser para Raphael un fracaso. Sus incondicionales lo comentaban en el vestíbulo durante el descanso. «Por donde yo estoy quedan sitios libres», se oía decir en tono preocupado.

Raphael cumple en estos días treinta años. No digo la palabra en balde. Aparte de las condiciones que pueda tener como cantante, lo que explica su masivo éxito es el hecho de que Raphael encarna el personaje de un niño. Sus mismos colaboradores le llaman «El Niño», en recuerdo de la época en que trabajó de botones del agente de espectáculos que aún hoy le representa. En Raphael triunfa, desde el punto de vista músico-vocal se entiende, la infancia del subdesarrollo, en este caso el niño pobre de los muy latifundistas campos de olivos de Jaén, de los miserables y supuestamente alegres pueblos de Andalucía. Es el niño aquel que, en las ilustraciones de los libros de nuestra infancia, se representaba siempre con la naricilla pegada al cristal del escaparate de la charcutería engalanada para las fiestas de Navidad, mirando las viandas que nunca podría comprar, salvo, claro está, que, como muchas bienintencionadas personas estaban seguras que iba a suceder, le socorriese una católica y caritativa dama española. Las aspiraciones y los sueños de aquel niño, expresados en melosos lamentos tan distintos de los gritos de rebeldía que en otro tiempo se oyeran en su tierra, fueron plenamente aceptados y se popularizaron. Se le admitió en sociedad, intercaló una hache en su nombre y, con el tiempo, llegó a casarse con una hija de la aristocracia terrateniente del país.

El recital de la otra tarde me convenció de que Raphael sigue representando, a sus treinta años, el papel del niño desvalido. Hacía mucho tiempo que no actuaba en público en España. En lo esencial nada ha cambiado. Quizá algún día sus indudables dotes escénicas, sus cualidades de cantante y su enorme capacidad de trabajo —interpreta unas cincuenta canciones en cada sesión— le permitirán abandonar su actual imagen y convertirse en otra cosa. Por ahora sigue siendo tributario de esa imagen. Su auditorio femenino, que es la gran mayoría de su auditorio, le acuna mentalmente mientras él canta y cubre de besos su carita de niño sin madre. El público se enardece sobre todo en aquellos pasajes en que él se muestra

## silla de pista

### LOS TREINTA AÑITOS DE RAPHAEL

más infantil, como cuando coge una patata en escena y canta eso de «No quiero quedarme atrás, que los sueños son míos, déjeme soñar». Decía un periodista que, en la noche del estreno, se levantó en medio de la sala una señora ya madura y le gritó: «Pero qué guapo eres, Dios mío». El pipopo es, como se ve, muy decente, es una frase dictada por el gozo maternal. Y es que, como niño, Raphael es muy gracioso. Es «un cielo», como oír decir a una muchacha que se sentaba en la fila de atrás. Mira al público con expresión muy tierna, trenza y destrenza, jugueteo, el cable del micrófono, adopta actitudes de muchachito presumidillo, vuelve la espalda al público y se aleja volviendo ligeramente la cabeza y mirando a la sala con ojo picaruelo, hace aletear sus manitas como mariposas y, al saludar, se inclina hasta poner la cabeza en el suelo o mira al público con la expresión del escolar que ha terminado su recitado.



Todavía vi la otra tarde algunas de las entrañables escenas que nos han venido deparando los «fans» de Raphael. Al final del espectáculo, una muchacha subió al escenario para besarle en lo que quiero suponer que fuera un espontáneo gesto de entusiasmo. El la besó y, acto seguido, hizo ademán de darle una zurra en el culito en castigo a su atrevimiento. Algunas chicas, en las últimas filas, se sentaban en el brazo del asiento para verle mejor y cuchicheaban entre sí o se abrazaban unas a otras dando un grito, ¡huy!, cuando él cantaba, insinuante, eso de «las palabras sobran cuando existe otra forma de hablar». Se oían gritos de entusiasmo en el piso de arriba y algunos videntes en la platea. Un momento de locura fue cuando Raphael, después de cantar la primera de sus canciones, se quitó lentamente la chaqueta como quien hace strip-tis y la dejó con aire triunfante entre bastidores. Fueron particularmente aplaudidas sus canciones de estilo flamenco que él denomina «aires populares». Calculo que al cariño maternal que su público le profesa debían unirse aquí actitudes patrióticas, en lo que llamaríamos «el completo». Otro momento impresionante fue cuando hizo remover a su auditorio en los asientos al cantar aquello de «Llévatelo todo, llévatelo todo, y la cama también, la cama también».

Hubo de todo, pero quizá un técnico en reacciones de masas habría detectado una cierta falta de calor en la sesión. Cuando sali a la calle, un señor que pasaba por delante del Palacio de la Música en ese momento dijo mirando el cartel anunciador de la actuación: «Huy, Raphael. Habrá habido desmayos». No los hubo. Me sorprendía ver que las chicas que estaban cerca de donde yo estaba no aplaudían al terminar algunas de las canciones. Me acuerdo especialmente de una canción que fue recibida con frialdad y que no creo que consiga los favores de lo que en Madrid se llama «el sector femenino». Es aquella que dice «Niña que empiezas a sentirte mujer...» y que recomienda «... Espera, espera, espera». El mensaje poético de Raphael, que Pemán compara no sin buena voluntad a los cancioneros clásicos, contiene una mezcla de morigerada «contestación» y de conservadurismo tradicional. Algunos de los estrenos, como, por ejemplo, la canción llamada «Costumbres», tenía signo contestatario. Pero no se alarmen mis lectores. Terminaba bien. Había también alguna canción costumbrista, como la de «La cotilla», candorosamente simpática. Y había muchas canciones que aludían directamente a la propia vida de Raphael como personaje discutido. «Sé que tengo muchos defectos —venía a decir una canción—, pero aquel que esté limpio de culpa que tire la primera piedra». Otra decía: «Pasé de la niñez a mis asuntos», «en mi vida no ha habido primavera», pues «pasé de la niñez a mi garganta». Estas canciones eran muy aplaudidas. Antes del descanso, Raphael cantó sin micrófono, lo que dio pie a sus seguidores para presumir de que «muy pocos podrían hacer lo que él ha hecho». Un insidioso le decía a su novia: «Pero si tiene un micrófono escondido», y ella se indignaba. «¿Escondido? Eso lo dicen los demás cantantes por envidia». Admirada de la forma en que cantó su idolo decía una señora a voz en grito: «Luego dicen que si patatín y que si patatán». Y añadía: «Que aprendan». Esta actitud belicosa sostiene aún la figura de Raphael en una época en que no parecen estar ya de moda los niños huérfanos de treinta años. ■ LUIS CARANDELL.